

**MARIO BERMÚDEZ
EL CANAPÉ**

MARIO BERMÚDEZ

EL CANAPÉ

AlcorQuid
Colección Nigrum

Portada y diagramación
El Autor.

Mario Bermúdez
Correo: alcorquid@gmail.com

Publicación por demanda
AutoresEditores.com
Edición del Autor

Prohibida la reproducción parcial
o total, por cualquier medio, sin
la autorización expresa del autor

Bogotá D.C., Colombia

Escrita: Bogotá 1.998

*Emilia... Emilia
toda la angustia de nuestro existir
se reconforta en tu memoria.*

Las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer estre-pitosamente contra los vetustos tejados que cubrían las casas de los improperios de un tiempo malsano que, como siempre, llegaba sin mayor anunciación. La tarde había discurrido con parsimonia ineludible, mientras los pueble-rinos se guarecían en sus moradas, y preparaban un café tinto con panela, astillas de canela y clavos de olor.

Aquella tarde torrencial desapareció por siempre Dionisio Calamares, el joven más hermoso del que se tenga noticia en Calandí y sus alrededores. El séquito de sorpre-sas y desconcierto siguió a una remembranza tierna y apa-ciguada que los riachuelos de las calles anegadas parecían transportar hasta los insondables vericuetos del olvido. Las conjeturas ineludibles del destino sin marcar hicieron su magnífica afrenta. Nadie entendió, a ciencia cierta, el mo-tivo de aquella insólita desaparición que aún conmueve a la población, ni mucho menos el terrorífico misterio que la invadió. Sin embargo, fueron muchos los que se atrevie-ron a asegurar que Dionisio Calamares había subido al cie-lo en cuerpo alma, y fueron al rescate inverosímil de las antiguas hagiografías con la esperanza de tener un santo propio en el pueblo. Otros afirmaron que se había conver-tido en ángel y que había volado hacia el cielo de manera invisible por entre las nubes de ocre que antecedieron a la tormenta, que era la confirmación inequívoca del milagro. Los menos creyentes aseguraron que simplemente se había

fugado del pueblo ante el asedio de las jovencitas que le ponían celadas de amor en cada esquina. Pero, realmente, nadie fue capaz de imaginar lo que verdaderamente había sucedido con el hermoso efebo, como tampoco vaticinar que con su historia se iba a desatar una desgracia en cadena que no pudo ser eludida.

Dionisio Calamares fue, desde recién nacido, el niño más hermoso del que se tuvo conocimiento, aún más allá de las fronteras de un país de fantasía, en donde el dolor no dejaba de provocar un asombro de mágica realidad. De pequeño sirvió de Niño Jesús en el pesebre viviente que el padre Roque del Sacramento instalaba durante las noches de la novena de aguinaldo enfrente del Parque Central, en donde los feligreses desentonaban los villancicos, mientras ocultaban debajo de sus ruanas un trago de aguardiente o una cerveza para mitigar el frío y acrecentar la devoción. Y continuó siendo el Niño Jesús en las representaciones de la Sagrada Familia, y desfiló en las procesiones ante la admiración de propios y extraños, conmoviendo el corazón de los feligreses que se asombraban ante su extraordinaria belleza. Ya en edad puericia, Dionisio Calamares dejó de representar al Niño Jesús en las conmemoraciones rituales de un pueblo tan piadoso en donde lo único que parecía ocurrir era la práctica religiosa de cada ocasión, mientras soterradamente se acudía a las suertes inexpugnables del más allá. Sin embargo, su madre, doña Rosalía, nunca pudo convencerlo para que continuara asistiendo al templo como acólito, y posteriormente terminó por defraudarse de la presunta vocación sacerdotal de Dionisio Calamares, que entonces comenzaba a ser un joven común y corriente, sólo que envidiado por sus émulos y admirado por to-

das las muchachas, que ya revoloteaban como pollitas en búsqueda de su gallo cantarín. Los mayores llegaron a pensar que con lo que había hecho, ya era un santo, y de ahí las conjeturas de beatificación que motivaron la desaparición del doncel. Así que por los días de la desaparición, Dionisio Calamares asistía a la secundaria y se preocupaba más por los cambios que aparecieron en su organismo, pero que no le habían hecho perder el porte angelical, que sus admiradoras impulsaban para que, una vez graduado, viajara a Bogotá y se convirtiera en galán de televisión, pues ya estaba de moda anteponer los dotes físicos a los de la inteligencia y el aplomo.

Se contaba que Dionisio Calamares era hijo de una hermosa pareja de gitanos que por algún hechizo habían tenido que abandonarlo recién nacido en Calandí, y que doña Rosalía lo encontró, pegado al portalón de su casa, entre un cesto durante una noche fría, y lo había adoptado prodigándole todos los cuidados y el amor de una madre tierna y cariñosa, a pesar de su edad y de su viudez infértil y solitaria. Se aseguraba que la pareja de gitanos había llevado al niño a la casa de doña Rosalía, antes de una partida estrepitosa del campamento gitano, con la promesa, escrita en un papel, que algún día volverían por el hijo regalado de manera tan peculiar, y que por tal motivo el niño llevaba el nombre de Dionisio Calamares, como recuerdo de su padre verdadero, quien lo había llamado así por una promesa ancestral. Ciertamente que doña Rosalía nunca quiso hablar a manteles sobre el tema y sólo ella conocía la verdad sobre el infante, cuidándolo como si fuera su hijo biológico. Las versiones sobre el origen de Dionisio Calamares aseveraban la teoría sobre su belleza, pues se decía

que en realidad era hijo de unos príncipes gitanos que lo habían engendrado bajo las estrellas de una noche de sortilegio en Calandí, y que el embrujo de la donosura de sus padres se había convertido en maldición, cuya única salvación para el recién nacido había sido deshacerse de él.

Aquel día Dionisio Calamares bajó del colegio hacia las dos de la tarde, en el mismo momento en que el doctor Raimundo Prada subía hacia su consultorio, después de haber hecho la siesta del medio día. Los últimos que lo vieron, aseguran que entró a su casa cuando los primeros nubarrones se tendían amenazantes y agrestes en el firmamento que ya se tornaba proceloso a lo lejos. Ninguno lo vio entrar a su casa en compañía alguna, como tampoco nadie lo vio salir después. Minutos más tarde, y de manera poco usual, el doctor Raimundo Prada regresaba con prisa a su casa porque había olvidado un libro de medicina que le habían enviado el día anterior de Bogotá. Casi de inmediato comenzó el pavoroso aguacero que sacudía con denuedo los tejados, las ventanas y las puertas, y nadie se vio más por las calles del pueblo. Abajo, en la plaza de mercado, los tenderetes parecían evaporarse entre la tormenta, y un par de mulas barcinas amarradas al mamey permanecían impasibles entre los goterones, dando la conmovedora y triste sensación de que se disolvían inequívocamente entre la tormenta.

El doctor Raimundo Prada era el otro médico del pueblo que tenía consultorio particular junto con el legendario doctor Baltasar Sánchez, quien en las épocas del fastigio parecía hacer milagros medicinales, hasta el punto que terminó enfermo de fatiga inconsolable ante las interminables filas de pacientes que llegaban desde los confines